

Los siete templos

Gerson Gómez

Habría que visitar los siete templos infernales, de la Calzada Madero. La pequeña compañía, compuesta por César Gándara, Raúl Silva, Antonio Ramos, José Carlos Méndez y un servidor.

Comenzamos en el Ranas. De donde eran asiduos mis compadres. El sitio donde terminó sus días de mesero don Panchito, aquel hombre pulcro, que siempre preparó los mejores Tom Collins.

La noche, en Monterrey, siempre ofrecía nuevas experiencias. No las de ahora, con aroma a pólvora y sangre. No recuerdo todos los sitios. Aunque sí al Nuevo Bristol, con sus tacos de picadillo, asentando el estómago, con tantas horas de bebida.

Superada la calle Madero, entramos al novel Gargantúas. Bebimos y conversamos, en una noche que no parecía tener fin.

Decidimos rematar en el famoso Caracol, contiguo al Café Brasil, ahora su anexo.

Caminando por la calle Zaragoza, José Carlos Méndez nos dice: “mira este cabrón”.

Don Raúl Silva ya venía orinando alegremente hacia delante. Mojando los zapatos.

“Ora cabrón, no salpiques”, aderezó José Carlos.

En el Caracol, poblamos la mente de textos. Algunos existen, otros, jamás escribimos.

José Carlos, detrás de su cerveza y de sus inseparables cigarros, con la voz gastada, como uno más de nosotros, sin mediar diferencia de edades, aconsejando y escuchando.

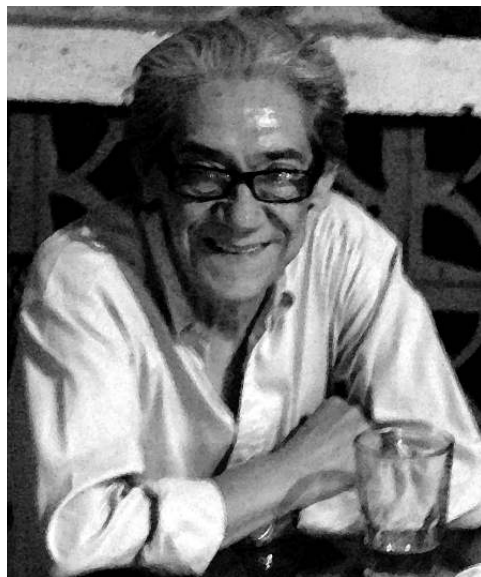
Nos divertimos matando blátidos a zapatazo limpio, que lo celebrábamos.

César, Toño, Rilva, José Carlos y yo, nos despedimos cuando no cabe más licor en el cuerpo, casi a punto del desmayo.

César con su alergia a la cerveza. Toño diciendo: “ah qué caray”. Rilva pensando dónde orinar. Yo, imaginando cómo evitar las antialcohólicas.

Sólo José Carlos, después del abrazo, nos dijo: se cuidan.

Se alejó, con su mochila al hombro, fumando su tabaco infinito.



Indice

